
¡Cuán cara eres de haber, oh dulce España! *

Majestades:

El día 28 de mayo de 1963, después de casi veinticuatro años de exilio en la República Argentina, hacía mi entrada, a través de la inmensa puerta del cielo, en la ciudad de Roma. Yo tenía entonces sesenta y un años. Y unas ansias, unos deseos angustiosos, de sumergirme, de perderme, de estrecharme, hasta desaparecer en aquel complicado y peligroso laberinto de plazuelas y callejones del barrio que elegí como vivienda, el romanesco Trastevere, alegre capital, dentro de Roma, de los gatos, las ratas, los veloces ruidos, el griterío de los bares en las tardes de fútbol y, entre otras muchas más cosas atrayentes e insospechadas, las cordilleras de los no muy perfumados montones de basuras, hacinados en las esquinas. Yo entré en Roma —dije— bajando de las nubes, por la puerta del cielo, como cuatro siglos antes, en 1569, a la edad de veintidós años, entró Miguel de Cervantes por la Porta del Popolo, besando primero una y muchas veces los umbrales y márgenes de la entrada, saludando a la ciudad con lágrimas en los ojos.

*¡Oh, grande, oh poderosa, oh sacrosanta
alma ciudad de Roma! A ti me inclino
devoto, humilde y nuevo peregrino,
a quien admira ver belleza tanta.*

*Mi vista, que a tu fama se adelanta,
el ingenio suspende, aunque divino,
de aquel que a verte y adorarte vino,
con tierno afecto y con desnuda planta.*

Yo he seguido los pasos de aquel Cervantes tan joven por el «alma ciudad», aquella Roma que aún ignoraba ser la capital del Renacimiento, admirándola él por su grandeza y antigüedad, «en sus despedazados mármoles, medias y enteras estatuas, sus rotos arcos y derribadas termas, sus magníficos pórticos y anfiteatros grandes... sus puentes, sus calles, que con sólo el nombre cobran autoridad sobre todas las de las otras ciudades del mundo: la Via Apia, la Flaminia, la Julia, la Aurelia...»

Cervantes fue feliz viviendo lo que él, entusiasta, llamó *la vida libre de Italia*, a pesar de su pobreza y del rigor de sus dos años de soldado vagabundo, hasta que embarcó en la galera «Marquesa», para perder la mano izquierda en la batalla de Lepanto, llevando bajo la camisa, como coraza protectora, los poemas de Jorge Manrique que estaba leyendo.

* Discurso de recepción del Premio de Literatura Miguel de Cervantes, leído el día 23 de abril de 1984 en el Paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares.

Pero su vida libre de Italia jamás Cervantes la olvidó, como yo tampoco jamás olvidaré aquellos quince años de mi vida trasteverina, sobre todo, en la también nueva y libre Italia que amaneció acabada la segunda guerra mundial. Si no de España, en la que había dejado tantas cosas, quebradas las raíces, yo llegaba a Italia de las inmensas tierras argentinas, aquellas que me habían dado asilo durante tantos años como para considerarlas ya parte entrañable de los nuevos paisajes de mi vida. Tanto estaban en mí, que al tenerlas que abandonar, volviendo nuevamente a Europa, pero no a mi imposible patria todavía, supliqué a Roma, casi con la misma unción que Cervantes arrodillado bajo la Porta del Popolo, me concediese su poderosa maravilla a cambio de todo lo bello y doloroso que en aquellas tierras suramericanas había dejado.

*Dejé por ti mis bosques, mi perdida
arboleda, mis perros desvelados,
mis capitales años desterrados
hasta casi el invierno de mi vida.*

*Dejé un temblor, dejé una sacudida,
un resplandor de fuegos no apagados,
dejé mi sombra en los desesperados
ojos sangrantes de la despedida.*

*Dejé palomas tristes junto a un río,
caballos sobre el sol de las arenas,
dejé de oler la mar, dejé de verte.*

*Dejé por ti todo lo que era mío.
Dame tú, Roma, a cambio de mis penas,
tanto como dejé para tenerte.*

Yo pensé, y sobre todo dentro de mi larga permanencia en Roma, que Miguel de Cervantes es el escritor más genialmente iluminado de todos nuestros clásicos, al que hay que amar más que a ninguno, sintiéndolo el más sufrido y golpeado, el más profundamente ligado a nuestro pueblo, el de mayor presencia y latido moral en medio de su tierra, aquel que muy bien pudo haber sido un miliciano voluntario en alguna mesnada del Cid Campeador, un héroe madrileño en las barricadas del 2 de mayo napoleónico, o un muchacho espontáneo de la calle en la defensa de Madrid al inicio de nuestra guerra, de aquel Madrid para el que yo adapté su impresionante tragedia *Numancia* en los días más peligrosos del asedio a nuestra capital de la gloria. Hay algo muy tremendo en la desgarrada biografía de Cervantes, que lo hermana aún más a nosotros, con tantos centenares de miles y miles de españoles que al acabarse aquella guerra sufrimos cautiverio —llámese hoy campo de concentración— en el sur de Francia sobre todo y, luego, en tantos negros campos de exterminio nazis. Pero los padecimientos de Cervantes fueron aún mayores, pues duraron cinco interminables años en los *baños* o cárceles de Argel, después de haber sido apresado por los corsarios

berberiscos cuando, embarcado en Nápoles en la galera «El Sol», regresaba a España.

*En la galera El Sol, que oscurecía
mi ventura a la luz, a pesar mío,
fue la pérdida de otros y la mía...*

¡La pérdida suya con la de tantos otros miles de cautivos! ¡Adiós, Italia, adiós, Nápoles, que amó sobre todo! ¡Adiós, libertad! Allí, en Argel, se le agudiza a Cervantes, esclavo, siempre con cadenas y casi desnudo, hasta hacérsele insufribles, como a nosotros, el recuerdo de la patria cerrada, los años de infancia, los paisajes familiares, la incerteza, el amor al oficio, a la profesión interrumpida y, luego, más tarde —y ahora aquí me refiero solamente a los españoles de la guerra perdida— la inquietante llegada a tierras desconocidas, ajenas, con la tremenda prisa por continuar, seguir viviendo, a ser posible cada uno en lo suyo, en lo que era.

Mientras, Cervantes, siempre arrastrando sus cadenas y andrajos, ansiosamente esperaba, lo mismo que nuestros refugiados, su rescate, alguien que lo reclamara, para sentir después de sus cinco años de cautiverio, la amada libertad.

*A las orillas del mar,
que con su lengua y sus aguas,
ya manso, ya airado, lame
del perro Argel las murallas,
con los ojos del deseo,
están mirando a su patria
tantos míseros cautivos
que del trabajo descansan,
y al son del ir y volver
de las olas en la playa,
con desmayados acentos,
esto lloran y esto cantan:
¡Cuán cara eres de haber!
¡Oh dulce España!*

Nada hay más perturbadoramente doloroso que el sentir cómo nuestras raíces, ésas que tenemos hincadas hondamente en la tierra nativa, se nos parten. O mejor diríamos, nos las rompen violentamente, dejándolas al aire: una tremenda arrancadura, pero que casi nunca llega a ser total, pues siempre nos quedan ramales, largas guías, tentáculos agarrados a oscuras profundidades que no podemos conocer. Así que todo lo que allí dejamos hincado, roto, prendido en esas ensangrentadas entrañas, puede ser aún más fuerte y doloroso que lo que arrastramos con nosotros adherido, pegado sin remedio a nuestras plantas desterradas.

Cervantes suspira y llora por España, llenando de versos y creaciones futuras su imaginación, que expresará después, amargamente enriquecido de aquella fatal vida de cautiverio que lo condujo a las más largas desesperaciones, casi a la muerte. Nosotros,

los que pudimos arribar a otras tierras, aún con las destrozadas raíces al viento, lo hicimos, sin ni remotamente sospechar, desde luego, que nuestro peregrinaje duraría casi cuarenta años, premio éste sólo para los que, al fin, pudimos regresar, ya que tantos miles por aquellos países quedaron, y muchos para siempre. Entre ellos, parte de nuestros más grandes poetas. Y permitidme que aquí los quiera recordar ahora, no hablando de pintores, músicos, novelistas, profesores, todos ellos insignes, al lado de nuestro más señalado pueblo trabajador, pues todos juntos formábamos lo que denominó José Bergamín «la España peregrina». Y perdonad, repito, que recuerde tan sólo a algunos de ellos en este día de iluminación y júbilo en el que el nombre de Miguel de Cervantes desciende sobre mí como una doble ala de armonía y amor, uniéndome aún más, y en estos ya tan altos años de nuestra vida a mis queridísimos amigos los poetas de aquella década del 20, Jorge Guillén, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, de nuevo hoy más que nunca enlazados a mí por esta misma cervantina distinción, este gran premio, que últimamente alcanzara también otro español, Luis Rosales, poeta granadino, tan cerca de nuestra generación. Los nombres de Vicente Aleixandre, Federico García Lorca, José Bergamín y Miguel Hernández no los puedo olvidar aquí, ya que todos juntos recorrimos un igual camino hasta el desgaje, el tirón violento de la guerra.

¡Cuán cara eres de haber, oh dulce España!

Cuando nuestro grande y lento don Antonio Machado atravesó, a pie, los Pirineos, acompañado de su ancianísima madre y con gran parte del ejército republicano camino del destierro, aquella España, por la que suspiraba con lágrimas en los ojos Miguel de Cervantes desde Argel, se la llevaba ya sobre su alma don Antonio. El primer verso que se escribe en el exilio es suyo:

Estos días azules y este sol de la infancia...

Único verso alejandrino, lleno ya de nostalgia y lejanía, que se encontró perdido en un bolsillo del viejo gabán del poeta después de su muerte. Don Antonio tenía sesenta y cuatro años. Miguel de Cervantes, al morir, había cumplido ya sesenta y nueve.

¡Cuán cara eres de haber, oh dulce España!

Juan Ramón Jiménez se sentía muy dulcemente bien en su cementerio marino de San Juan de Puerto Rico. En aquella ciudad había perdido a Zenobia, su mujer, el mismo día que recibiera el Premio Nobel. Juan Ramón Jiménez vivió ocho años más que Miguel de Cervantes. Con gusto Juan Ramón hubiera permanecido cerca de aquellas olas del mar Caribe portorriqueño, soñando, desde lejos, con la mar blanca y los crepúsculos de violeta de su Moguer, que tantas veces vio, como por transparencia, en sus años de destierro norteamericano.

Y para recordar por qué he vivido, vuelvo a ti, río Hudson de mi mar. Dulce como la luz era el amor. Y por debajo de Washington Bridge (el puente más con más de New York) pasa el campo amarillo de mi